

Hola, Princesa. No sé tu nombre, así que he decidido llamarte así, espero que te guste. Porque ¿quién no soñó alguna vez con ser una princesa? Pero no las de las revistas, una princesa de verdad, con palacios y príncipes y madrastras malvadas...

El mío es Ángeles, pero tú puedes llamarme Geli, que es como me llama mi familia y mis amigos. Vivo en un pequeño pueblo, en la costa asturiana, cerquita de Galicia. Desde mi ventana puedo ver el mar, allá al fondo, y escucharlo cuando ruge enfadado. ¿A ti te gusta el mar? A mi, en realidad, no me gusta mucho... prefiero la montaña. Debe ser porque nací y crecí rodeada de ellas; montañas y ríos, en una pequeña aldea del interior de Asturias. ¿Habrá algo más maravilloso que el sonido de un riachuelo? Fue la vida la que me trajo a la costa. Bueno, en realidad fue el amor, como suele pasar casi siempre... Estoy felizmente (de momento) casada, desde hace más de 20 años. Tengo dos niñas preciosas de 16 y de 9 años.

Me hace mucha ilusión escribirte, hace años que no escribo una carta. ¿Te cuento un secreto? En un cajón de mi mesilla guardo una cajita, atada con un lazo, como en las películas. Tal vez hoy la abra, aunque me hagan estornudar los papeles viejos. Son cartas, de los años 90. Sí, por suerte, cuando era adolescente aún no existían los móviles. Así que nos escribíamos cartas.

Me encantaría que me contestases a ésta. Abrir un día el buzón y ver una carta, remitente: Princesa. Las únicas cartas que llegan a mi buzón son las

de sobres con la ventanita de plástico, esos son los peores: del banco o del hospital.

Nunca me gustó hablar de mi, siempre preferí escuchar, y se me da muy bien. Me encantaría cogerte de la mano y que me contases cómo estás hoy, cómo fue tu vida; a dónde te llevó (la vida o el amor), si prefieres el mar o la montaña... Eso sí, con una mantita en las rodillas y un buen café al lado. Me gusta el café, recién molido y sin azúcar. ¿Te gusta el café? No me digas que te lo prohibió el médico... ¡Malditos médicos! ¿por qué siempre nos quitan el café, el azúcar, la sal, los embutidos... y nunca las lentejas? ¿te puedes creer lo que me quitó a mí? Me prohibió comer pan, ni nada hecho con harina de trigo ni de centeno. Sí, soy uno de esos "bichos raros" que llaman celíacos y mi peque también. Así que nada de pan, ni galletas, ni bizcochos, ni donuts, ni torrijas (hecho de menos las torrijas). Pero estaba muy malita y ahora estoy estupenda, así que va a ser verdad que hay que obedecer a los médicos.

Hoy tomaré mi café, como cada día, después de la comida, sentada junto al ventanal viendo la vida pasar. Cuando lo haga brindaré por ti, Princesa, para desearte que hoy tengas un buen día, que al menos sea un poco más especial que el día de ayer.

Quiero pedirte un favor. A las 3:30 de la tarde yo levantaré mi vaso por ti, espero que a esa hora tú hagas algo por mí: que me dediques una sonrisa, la más bonita de la última semana. ¿Prometido?

Antes de despedirme voy a contarte un cuento que leí un día, espero que te guste.

Un día Juan invitó a su amiga Teresa a tomar un café. Estaba deprimido y descargó con ella todas sus angustias, que si el trabajo, el dinero, la relación con su pareja... todo parecía estar mal en su vida.

Teresa metió la mano en su cartera, sacó un billete de 50€ y le dijo:

- ¿Quieres este billete?

Juan, un poco confundido, le contestó:

- Claro, son 50€ ¿quién no los querría?

Entonces Teresa tomó el billete en su puño y lo arrugó hasta hacerlo una pequeña bola. Mostrando la estrujada pelotita a Juan, volvió a preguntarle:

- Y ahora, ¿lo quieres también?

- Teresa, no sé qué pretendes con esto, pero siguen siendo 50€, claro que los cogeré si me los das.

Teresa desdobló el arrugado billete. Lo tiró al suelo y lo restregó con el pie. Lo cogió sucio y marcado y le preguntó:

- ¿Lo sigues queriendo?

- Mira Teresa, sigo sin entender a dónde vas, pero es un billete de 50€ y, mientras no lo rompas, conserva su valor... - Juan, debes saber que, aunque a veces algo no salga como quieres, aunque la vida te arrugue o te pisotee, sigues

siendo tan valioso como siempre lo has sido... Lo que debes preguntarte es cuánto vales en realidad y no lo

golpeado que puedas estar hoy.

Juan se quedó mirando a Teresa, sin atinar con palabra alguna, mientras el mensaje penetraba en su cerebro. Teresa puso el arrugado billete a su lado, en la mesa, y con una sonrisa complice agregó:

- Toma, guárdalo, para que te acuerdes de ésto cuando te sientas mal... pero me debes un billete nuevo de 50€ para poder usar con el próximo amigo que lo necesite.

Le dio un beso en la mejilla y se alejó hacía la puerta.

Querida desconocida, espero haberte entretenido un poquito hoy. Deseo de verdad que seas muy feliz. Te mando un abrazo muy fuerte.

Tu amiga, Geli.